



CARTA DEL SR. CARDENAL

LAICADO EVANGELIZADOR

No es necesario insistir mucho en la necesidad de los seglares para la nueva evangelización. Si queremos una diócesis misionera, si queremos ponerla en estado de misión, como Dios nos pide, es preciso incorporar de manera decidida a los seglares a la nueva evangelización: nadie en la Iglesia puede eximirse. En estos momentos, y dada la situación que estamos viviendo en España, es particularmente necesaria y urgente la incorporación de los seglares a la obra evangelizadora, y suscitar y fortalecer su presencia en la vida pública en cuanto seglares católicos; es muy bueno que haya políticos católicos, o economistas católicos, o profesionales católicos de los medios de comunicación, aún deberían haber más, pero añadiría un matiz: es preciso promover católicos en la política, en los medios, en el ámbito de la cultura. Esto es absolutamente preciso para evangelizar nuestro mundo.

La evangelización es obra de renovación de la humanidad y para hacer posible una humanidad nueva, hecha de hombres nuevos con la novedad del Evangelio, con criterios de juicio, corazón y pensamiento nuevos conformes con Jesucristo, de relaciones nuevas de amor y justicia y capaces de influir en unas estructuras nuevas conformes al plan de Dios (Cf EN 19-20). Por su vocación específica, que los coloca en el corazón del mundo y al frente de las más diversas tareas temporales, los fieles cristianos laicos son particularmente llamados a llevar a cabo la renovación de nuestro mundo, de la humanidad: que en eso consiste, como digo, evangelizar.

Si no contamos con un laicado evangelizado y evangelizador no habrá Iglesia que evangelice. Y esto, no tanto por la escasez de sacerdotes, cuanto por la propia y específica vocación de fieles cristianos inmersos en el mundo. Al igual que en los primeros tiempos, ahora los seglares están llamados a propagar la fe en Cristo por todas las partes. Los Apóstoles dirigían la misión, pero no sólo ellos la llevaron a cabo; los simples cristianos, los «cristianos de a pie», de la profesión o condición que fuesen, llevaron el Evangelio a donde aun no habían llegado todavía los enviados «oficiales» de las comunidades establecidas. Sin la mediación de los cristianos laicos, es imposible la obra de evangelización; ellos llegan con toda naturalidad donde no podemos ni llegaremos nunca los Obispos o los sacerdotes. Y, sin embargo, en esos lugares está en juego la evangelización.

Hago a todos los fieles cristianos laicos una llamada apremiante y urgente a que se unan, sin ningún temor, a la obra de la evangelización. Su tarea primera e inmediata es poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como de otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento... Pero, sobre todo y de manera muy primaria y principal, en el campo de la familia y todo lo relacionado con ella.

Cuanto más seglares haya impregnados del Evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos con ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena capacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiada, tanto más estas realidades estarán al servicio de la edificación del Reino de Dios y, por consiguiente, de la salvación en Cristo Jesús y, en consecuencia, de hacer mejor nuestro mundo. Es hora de actuar y de aportar la savia renovadora del Evangelio para recomponer el tejido social y moral de nuestro pueblo. Los seglares tienen la principal parte. Es su hora. Pido, desde aquí, a toda la Iglesia diocesana que, con la fuerza de la gracia de Dios, hagamos un esfuerzo decidido por promover la

corresponsabilidad y participación de los seglares dentro de la vida y misión evangelizadora de la Iglesia en conformidad con sus caracteres específicos de existencia cristiana.

Es necesario que con toda claridad y decisión nos propongamos ayudar a que nazca y se potencie un laicado maduro y comprometido en las realidades temporales, sin el que la Iglesia no podrá aparecer como luz y sal de la tierra. Por eso, invito con todas mis fuerzas a la comunidad cristiana, especialmente a los sacerdotes, a que hagan un llamamiento vigoroso a los cristianos laicos a que se incorporen al apostolado activo.

Primeramente a un apostolado individual, porque éste es la forma principal de todo el apostolado de los laicos. Se trata de una irradiación capilar constante y particularmente incisiva en el entorno en que el laico cristiano desarrolla su vida: el ámbito familiar, el del trabajo, el de las relaciones sociales, el del esparcimiento... De este apostolado individual nadie debe sentirse exento. Pero esto es insuficiente para la obra evangelizadora de la Iglesia. Se necesita un apostolado asociado, máxime en esta hora tan compleja que estamos viviendo. Por ello pido y exhorto a las comunidades y a los sacerdotes que inviten a los cristianos laicos a participar en el apostolado asociado, que es signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia. No tengamos miedo al apostolado asociado. No veamos en este apostolado ningún riesgo para las parroquias; al contrario son fermento y acicate para su revitalización.

Debemos promover el apostolado asociado, los movimientos y asociaciones apostólicas, especialmente aquellas que tienen un carisma especialmente kerigmático y evangelizador, como señalé ya anteriormente. Nuestra diócesis debe poner todo su empeño en ello; la estrecha unión de fuerzas es la única que vale para lograr plenamente todos los fines del apostolado. Debemos promover y favorecer la inserción de los cristianos laicos en los diferentes movimientos apostólicos laicales suscitados por el Espíritu Santo, reconocidos y aprobados por la Iglesia, acompañarlos y proporcionarles los elementos educativos necesarios. No hacer esto sería ir contra el mismo Espíritu Santo que es quien suscita los diferentes carismas de apostolado en la Iglesia.

Toledo, 1 de julio de 2006

+ ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA
Cardenal Arzobispo de Toledo
Primado de España